

## *¡Aquí estoy, Señor, envíame!*<sup>1</sup>

### *Solidaridad cristiana: justicia y caridad*

1. La Iglesia Católica no tiene un sistema sociopolítico que ofrecer para la resolución de los agudos problemas que actualmente afligen a la sociedad. Lo que sí tiene es un concepto del hombre y de su dignidad. La revelación que ha recibido en la Biblia, le permite saber que todo ser humano ha sido creado a *imagen y semejanza* de Dios, como hijo suyo; y que está llamado en esta vida a poner en práctica las exigencias del gran mandamiento del amor con sus hermanos los hombres; para luego, concluida su existencia terrena, gozar de la unión con su Padre Celestial por toda la eternidad.

Junto con este principio fundamental –la inalienable dignidad de cada ser humano, hombre o mujer– está otro importante principio: *la solidaridad*. Todo cristiano debe contribuir, en unidad con sus semejantes (*in solidum*), al bien común de la sociedad en todos sus niveles. *La solidaridad cristiana* –enseñaba san Juan Pablo II– *más que una virtud en sí misma, se muestra como una actitud espiritual en la que convergen diversas virtudes, y de manera particular la justicia y la caridad. La justicia debe reducir las diferencias, eliminar las discriminaciones, asegurar las condiciones para el respeto a la dignidad de la persona. Sin embargo, la justicia necesita un alma. Y el alma de la justicia es la caridad, caridad que se hace servicio a todo hombre*<sup>2</sup>.

### *Actitud de misión*

2. He querido hacer estas breves consideraciones, como introducción a la llamada que hoy recibimos de nuestra Arquidiócesis de México, a vivir la segunda mitad de este mes de octubre y la primera mitad del mes de noviembre, en una *actitud de misión*. En este año 2020 marcado por los sufrimientos y desafíos de una pandemia que a todos nos ha afectado, la Iglesia en esta Ciudad de México quisiera dar respuesta al llamado del Señor a tener un rostro misericordioso. Es también una forma de secundar la petición del Papa Francisco a que ahora más que nunca nos abramos al dolor de los demás y, en la medida de nuestras posibilidades, lo aliviemos.

Hemos escuchado en la primera lectura el relato de la vocación de Isaías<sup>3</sup>. Está el profeta ante una impresionante teofanía: El Señor sentado en un trono elevado, rodeado de serafines que claman reverentemente: *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos. Su gloria llena toda la tierra*. Isaías capta con hondura su indignidad y pequeñez, y para remediarla, el Señor manda a uno de sus serafines que con una brasa ardiente tomada del altar purifique sus labios y le diga de su parte: *Mira: Esto ha tocado tus labios, tu culpa ha sido quitada, y tus pecados están perdonados*.

---

<sup>1</sup> Homilía en el domingo XXIX del tiempo ordinario, ciclo A. Domingo Mundial de las Misiones, comienzo de la Misión en la Arquidiócesis de México.

<sup>2</sup> San Juan Pablo II, *Discurso a los jóvenes del UNIV*, 30-III-1999, el énfasis es mío.

<sup>3</sup> *Isaías* 6, 1-8.

Luego se escucha la misteriosa voz del Señor que parece necesitar del profeta: *¿A quién enviaré?* A lo que Isaías responde con generosidad y decisión: *¡Aquí estoy, Señor, envíame!* Esto es exactamente lo que hemos de hacer nosotros estos días de misión. Descubrir a nuestro alrededor las heridas que la dura situación que atravesamos ha causado en tantas personas y, con la ayuda de Dios, ser para ellas un bálsamo, una medicina agradable y aromática, que reconforte y alivie sus sufrimientos.

#### *Primero oración*

3. El punto de partida, queridos hermanos, es, como siempre, *la oración*. Ante las situaciones difíciles de la historia de la humanidad, los hombres y mujeres de Dios nunca se han quedado paralizados. Por el contrario, apoyados en la fuerza que les viene de su unión con Dios, han sabido actuar en cada caso como era necesario. Si acaso nos sintiéramos indignos o impotentes, acudamos al Señor como Isaías para que nos purifique el corazón y los labios.

Un venerable y antiguo autor cristiano –Orígenes– decía: *Que me traigan del altar celeste las brasas que quemén mis labios. Si las brasas del Señor tocan mis labios, los purificarán y cuando los hayan así purificado de los vicios (...) se abrirá mi boca a la Palabra de Dios y no saldrá más de ella una palabra impura*<sup>4</sup> ¡Al contrario! Saldrán palabras y acciones que llenen de paz y de consuelo a nuestros afligidos hermanos.

#### *Visitar al pobre*

4. Tema especialmente importante en esta misión es el referente a *la pobreza* en sentido amplio. Sabemos que es una dolorosa realidad para muchas personas cercanas. Puede tratarse de indigencia material, desempleo, soledad, falta de salud física o, pero aún, psíquica o incluso espiritual. Ante ese panorama multifacético de carencias más o menos graves –las llamadas por Francisco *periferias existenciales*– siguiendo el modelo de Jesucristo, hemos de tener entrañas de misericordia. Y, aunque no estemos en condiciones de resolver los problemas sociales, sí podremos muy bien poner en ejercicio la virtud de la caridad con detalles pequeños y finos.

Una propuesta concreta privilegiada por san Josemaría: visitar en estos días, llevando unos dulces ricos, unas galletas o un pastel, a alguien que sepamos lo necesita especialmente. Pasar un rato a su lado y, con una amable conversación, darle un poco de aliento espiritual y de esperanza. Hagámoslo en honor de la Virgen María. Les aseguro que con este pequeño gesto sonarán campanas de plata en el Cielo.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 18 de octubre de 2020.

---

<sup>4</sup> Orígenes, *Homiliae in Isaiam* 1, 4.